



Formulario FE-000: Registro de ausencia

Víctor Hugo Riveros Rodríguez*

El lunes llegó como llegan todos los lunes.

Rodrigo Pedraza no estaba.


Al principio nadie lo notó. El timbre sonó a las seis cuarenta y cinco, los estudiantes entraron por el pasillo de la derecha, la secretaria encendió el computador de la recepción con la misma calma de siempre. La jornada comenzó con la puntualidad que el reglamento interno exigía y que el sistema de asistencia registraba automáticamente en una base de datos que alguien, en algún momento, había prometido revisar cada semana.

El casillero número diecisiete estaba cerrado con el mismo candado negro de siempre. Eso era normal. Rodrigo cerraba el candado cada viernes antes de irse y lo abría cada lunes antes de la primera clase. Veintidós años de ese gesto.

Veintidós años del mismo candado, o quizás otro igual, no había manera de saberlo porque nadie se había fijado lo suficiente.

En la sala de profesores, su silla quedó vacía durante el descanso de las nueve. Alguien dejó encima una carpeta con fotocopias que no eran para él, la carpeta estuvo allí toda la semana. La coordinadora convivencial lo notó al mediodía, cuando fue a revisar las planillas de asistencia. La columna de grado novena estaba en blanco donde debía estar el Reporte del Ciencias Sociales, primera hora. Buscó en su teléfono, no tenía el número de Rodrigo. Preguntó en la secretaría, la secretaria buscó en el sistema, este tenía registrado un número que comunicaba con el teléfono fijo de la sala de profesores. Nadie contestó porque en la sala de profesores no había nadie a esa hora.

**Profesional en Estudios Literarios con formación de posgrado en literatura, didáctica de la lectura y promoción literaria. Se desempeña como docente, liderando procesos de formación lectora y escritura crítica. Es autor de Las aventuras de Francisca en Tunja (2022), Grito de independencia (2025) y La puerta del tiempo (2026). Su trabajo como escritor y mediador ha dado lugar a la publicación de relatos estudiantiles en diversas antologías institucionales y en la Universidad Minuto de Dios. Su escritura explora la memoria, el territorio y las tensiones entre lo íntimo y lo social.*



Lo anotó como novedad en el libro de incidencias. Escribió: *Docente Rodrigo Pedraza, Ciencias Sociales, ausente sin justificación. Lunes 7 de abril. Pendiente verificar*.

Luego fue a su siguiente reunión.

Nadie cubrió las clases de noveno. Los estudiantes esperaron quince minutos en el aula, como indica el protocolo y luego salieron al patio. Algunos sacaron el teléfono. Otros se sentaron en el borde de la jardinera de cemento. Valentina, que siempre se sentaba al fondo, abrió su cuaderno cuadriculado y copió la fecha en la esquina superior derecha. Luego no escribió nada más. Esperó.

El martes tampoco llegó.

Esta vez la coordinadora llamó al número de emergencias que estaba en la carpeta de personal, guardada en físico en el cajón inferior del archivador metálico de la secretaría, carpeta que conservaba una fotocopia de la cédula de Rodrigo con fecha de expedición de 2003, una fotocopia del diploma de licenciatura con fecha de 1998 y un

formulario de actualización de datos que Rodrigo había diligenciado en 2019 y en el que había escrito, con letra pequeña y vertical, un número de celular que ya no existía.

El número que existía, el actual, estaba en su teléfono personal. Que estaba en su bolsillo. Que estaba en algún lugar que nadie sabía nombrar todavía.

Llamaron al número del formulario de 2019. Una voz grabada informó que el número había sido desconectado o se encontraba fuera del área de servicio. La coordinadora colgó y anotó en el libro de incidencias: *martes 8 de abril. Reincidencia. Número de contacto no disponible. Se escala a Talento Humano*.

Talento Humano respondió el jueves con un correo que decía que el caso había sido recibido y que sería atendido dentro de los tiempos establecidos por el protocolo de gestión de novedades de personal, que era de cinco a diez días hábiles.

Para entonces Rodrigo llevaba cuatro días sin estar.

Lo que dejó fue esto: el casillero cerrado, la silla con la carpeta equivocada encima, la columna de firmas en blanco, el cuaderno cuadriculado de Valentina con la fecha escrita y nada más, y una hoja de vida en el sistema que registraba veintidós años de servicio continuo, cero sanciones disciplinarias, cero ausencias injustificadas previas, cero llamados de atención, cero, cero, cero.

El sistema interpretaba ese historial como un docente ejemplar. También podía interpretarse como otra cosa: como alguien que llevaba veintidós años sin ser visto.

Aurelio Vásquez llegó el viernes con la espalda mal y la carpeta de planeadores del bimestre tres bajo el brazo. Se sentó en su lugar habitual de la sala de profesores, sacó el computador y miró la silla de Rodrigo con la carpeta encima. Pensó que él no había reclamado sus fotocopias. Pensó que eso era raro. Rodrigo

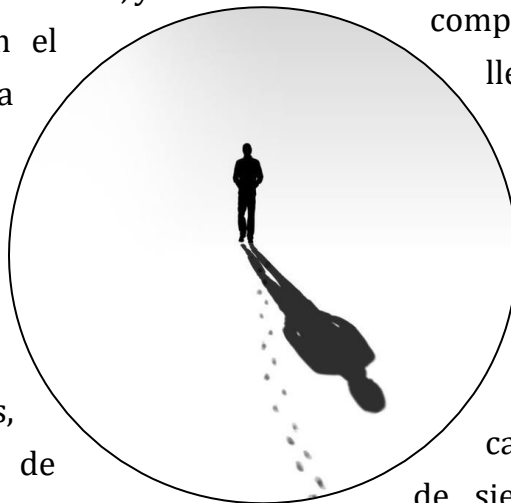
reclamaba todo lo suyo con una puntualidad que a veces resultaba incómoda en un lugar donde perder cosas era la norma.


Luego encendió el computador y empezó a llenar el planeador de la semana siguiente. A las dos de la tarde, cuando recogía sus cosas, se detuvo un momento frente al casillero diecisiete. El candado negro. El mismo de siempre, o quizás otro

igual, estiró la mano y lo tocó... estaba frío. Fue al baño, se lavó las manos, recogió su maleta y salió por la puerta lateral, que cerraba con llave automática a las tres menos cuarto.

En el libro de incidencias de esa semana constaban cuatro anotaciones sobre Rodrigo Pedraza. Ninguna decía dónde estaba. Ninguna preguntaba qué había pasado. Registraban ausencia, escalada, protocolo, tiempos de respuesta.

No registraban que Rodrigo había almorzado solo todos los días





durante veintidós años. No registraban que sabía el nombre de cada estudiante que había pasado por sus clases, incluyendo los que repitieron, incluyendo los que se fueron sin terminar el año. No registraban que el último formulario que había diligenciado —el FE-089, actualización de perfil docente para el sistema integrado de gestión— lo había entregado en sobre cerrado, a

mano, un viernes a las tres de la tarde, tres semanas antes del lunes en que no llegó.

No registraban qué había escrito adentro. Eso quedó en el casillero.

Cerrado.

Con el candado negro de siempre.